

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

MADRID. — MAYO DE 1905.

Director del BOLETÍN: *D. Enrique Serrano Fatigati*, Presidente de la Sociedad, Pozas, 17.Administradores: *Sres. Hauser y Menet*, Ballesta, 30.

Fototipias.

RESPALDOS DE LA SILLERÍA BAJA DE LA CATEDRAL DE TOLEDO
(DOS LÁMINAS)Se la estudiará en un trabajo de *D. José Ramón Mélida*.

SEPULCRO EN SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

La Colegiata de Santo Domingo de la Calzada es un monumento tan interesante como olvidado de los artistas y de los poderes públicos.

Su ábside de medio tambor está decorado por extraños canecillos, y en la nave del trasaltar se ven dos relieves de los siglos XII y del XIV, al parecer, muy dignos de detenido estudio.

Entre los muchos sepuleros que encierra deben citarse: el del Santo, labrado en forma muy semejante al de San Juan de Ortega en la provincia de Burgos, y el de un caballero, *Suárez de Figueroa*, si mal no recordamos, cuya cabeza descansa en piezas de la armadura.

La ornamentación ojival de puertas y otras superficies luce cien caprichos ó apólogos como el de la zorra y los racimos y muchos más.

En una tribuna cantan ó cacarean de cuando en cuando un gallo y su compañera, en memoria de la famosa gallina que cantó después de asada, librando á un inocente del patíbulo, á donde le llevaba la obcecación de su juez, según una conocidísima tradición contada ya y representada en las Cantigas de Alfonso *el Sabio*.

Bien merece la interesante población una detenida visita de los excursionistas.

Centenario tercero de la aparición del Quijote.

Excursión del Caballero de la Triste Figura á la Cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, y descripción del estado actual de ésta.

Adhiriéndose la SOCIEDAD DE EXCURSIONISTAS ESPAÑOLES á la resolución plausible de solemnizar el centenario de la salida de las prensas de imprimir de aquel libro inmortal «encomiado por todos los sabios del orbe culto y vulgarizado en todas las lenguas vivas de Europa», ha parecido oportuno conmemorar alguna de las famosas aventuras á cuyo encanto añadió Cide Hamete Benengeli la descripción exacta del lugar, con aquel tino y aquella amenidad que en ninguno deja de encontrarse. En la elección consistía la única dificultad, y la ha decidido, en favor de la que ocupan los capítulos XXII y XXIII de la parte segunda, es decir, de la que narra *las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos*, la visita que al propio lugar hizo el Sr. D. Manuel M. de Reynoso el año 1876 y que dió al público en la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS, año III, número 6, página 244; excursión moderna digna de más amplio conocimiento, como acredita la transcripción siguiente. — C. F. D.

UNA VISITA Á LA CUEVA DE MONTESINOS Y LAGUNAS DE RUIDERA

Hacia tiempo que deseaba conocer los sitios en que ocurrieron las principales aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, y un triste acontecimiento de familia, llevándome al centro de aquel país, me proporcionó la ocasión, que no quise desperdiciar, de visitar la famosa cueva de Montesinos y lagunas de Ruidera, tan bien poetizadas por la brillante imaginación del manco de Lepanto.

Con efecto, dispuesto el viaje, aunque la estación no era la más á propósito, y acompañado de varias personas, nos dirigimos desde el Bonillo en un desvencijado carro del país á la Osa de Montiel, pueblo corto, y que forma parte del antiguo y conocido campo de este nombre. Al día siguiente de llegar á la Osa, y en el mismo carro, salimos en dirección de la famosa cueva por un camino no del todo malo, pero incómodo, por el frío que hacía y el maldito movimiento del vehiculo. El camino se dirige por una especie de páramo poblado sólo de carrascas y sabinas, en que dicen abunda la caza menor de perdices y liebres; pero que nosotros no vimos, á pesar de buscarla con empeño con cuatro escopetas, ojeadores, perros, etc. A las dos leguas llegamos á un cerro llamado Cabeza de San Pedro, á cuyo pie está situada la famosa cueva.

En un rellano de corta extensión, á la falda del cerro ó Cabeza de San

Pedro, con exposición al Oeste, donde crecen algunas encinas, y que forma un declive como de 50°, se ve una abertura elíptica y vertical á la superficie del suelo, de ocho metros de Norte á Sur y siete de Este á Oeste, formada por una piedra de un metro de espesor en figura de arco, y delante, sea por derrumbamiento ú otras causas desconocidas, se halla obstruída la entrada por una gran piedra; á sus lados, dos aberturas al interior de la cueva. En éstas no se ven zarzas ni ramaje alguno que impidan penetrar; aunque según las noticias de los naturales del país, hace algún tiempo que existía una vid, mas en el día no se advierte ningún vestigio, y solamente en el rellano de la entrada y al lado de la piedra que la obstruye, crecen algunas hiedras á favor de la humedad que hay en aquel sitio. Las entradas de la cueva son angostas y con declive hacia el interior, muy rápido, llenas de cantos sueltos y piedras que las hacen poco practicables y aun peligrosas, particularmente la de la derecha; la de la izquierda, más ancha y menos inclinada, da más fácil acceso á un espacio abovedado como de cuatro metros y casi circular, y á su derecha hay una bajada resbaladiza por la humedad y por grandes bloques de piedra; pero con cuidado se puede descender á otro espacio, igualmente inclinado al Este, y á cuyo fin, y á la izquierda, hay una especie de pozo más largo que ancho, y como un metro de profundidad, con un depósito de agua que, según dicen, siempre se halla á la misma altura, sin disminuir ni aumentar, y cuya agua es fresca y perfectamente potable. Tanto en la pared como en la bóveda que forma el techo se ven algunas estalactitas, ni abundantes ni grandes, efecto de las filtraciones de las aguas, que rompí con mi bastón y que conservo. Aquí ya la luz que penetra por las aberturas de la cueva se va debilitando, en términos que se hace preciso la luz artificial, á cuyo fin llevábamos provisión de hachas de viento. En las rinconadas de la bóveda se refugian de día una porción de murciélagos, que algunos cayeron á nuestros pies espantados por el ruido de las voces y el resplandor y humo de las hachas. En el extremo de la izquierda del interior sigue la cueva más baja de techo, más angosta, con el piso más en declive, húmedo y más resbaladizo, dando paso á otra especie de pozo en donde hay otro depósito de agua, mayor del que se ha hecho mención, siguiendo bajando el terreno por entre piedras y barro, que hacen más difícil la marcha, y á la izquierda hay otro rellano como el anterior, y se sigue descendiendo hasta el fondo de la cueva, que dista como cuarenta metros de la entrada; allí se vuelve á encontrar agua que corre de Norte á Sur, y llaman el vado, por espacio á lo menos de unos diez y seis metros, siendo su profundidad casi de uno, y su anchura más ó menos, según permite la sinuosidad del terreno y los peñascos del interior de la cueva.

El rellano, en que se supone que se durmió Don Quijote, y á donde en tiempo de Cervantes se bajaba descolgándose con cuerdas, y ahora es accesible á pie llano, sirve de asilo á los pastores del contorno en tiempo de lluvias y se conoce por las piedras que hay reunidas y montones de cenizas. Hace algún tiempo que, reunidos cuatro de aquéllos, acercaron otra piedra, y al sacarla del lugar en donde estaba, descubrieron una moneda de plata, muy bien conservada, del tiempo de César; otra de Tiberio, de igual tamaño y conservación, se había encontrado poco antes, y ambas las conserva la Academia de la Historia, á quien las regaló D. José Cándido Peñafiel, cura de Alhambra, pueblo de las inmediaciones. La falta de aire, apagando las luces, hace

imposible ir más lejos al interior de la cueva, cuyo término ó extensión nó se conoce. Tanto en el arco de la entrada, como en las piedras del interior, se leen algunos nombres, groseramente tallados, de las personas que han visitado la cueva, y entre ellos algunos extranjeros; pero no se ve ningún recuerdo del inmortal genio que la ha hecho tan famosa.

Por lo que dejo dicho, y suponiendo que en tiempo de Cervantes se hallase obstruida la entrada de la cueva por ramaje, no es inverosímil que el ingenioso hidalgo tuviese que abrirse paso con su invencible espada, y que las pacíficas aves refugiadas en aquella obscuridad, saliesen en tumulto asustadas por los terribles mandobles del atrevido caballero; se comprende también que el primo y Sancho descolgasen á Don Quijote por la entrada de la izquierda, como más practicable, y que á las pocas varas sintiesen aligerarse el peso, lo que conviene con el relato de Don Quijote de que, llegando á terreno firme, hiciese un lío con la cuerda ó sogá, sentándose encima, durmiéndose y viendo en sueños, que á él le parecía realidad, la portentosa aparición del afligido Montesinos, el sepulcro de Durandarte, la procesión de la señora Bellerma y dueñas que la acompañaban y, lo que fué más doloroso para Don Quijote, el encanto de Dulcinea por industria y arte del socarrón de Sancho. Tuve el capricho de leer el capítulo de esta terrible y extraña aventura dentro de la cueva, y de comer á su entrada, brindando con una copa de agua, cogida en el interior, á la memoria del gran Cervantes.

Ahora bien: ¿qué ha sido la cueva de Montesinos en la antigüedad? Según la opinión de los naturales del país y la tradición despojada de las mil fábulas y cuentos que se refieren, se supone que fué una mina explotada en remotos tiempos, y que tropezando con el obstáculo del agua, se vieron precisados á abandonarla; opinión que favorece el terraplén que se encuentra á la entrada de la cueva y las piedras de mineral de hierro que recogí en el interior y á la entrada, y que conservo junto con la estalactita que desprendí con el bastón.

Descendiendo por la cañada que forma el Cabezo de San Pedro y otro cerro enfrente, y bajando hacia la ermita y molino de San Pedro de Saelices, se encuentra mineral de hierro que se ha explotado hasta hace pocos años, pero que acaso por su pobreza, ú otras causas, se halla abandonado en el día. Actualmente la cueva de Montesinos es propiedad de un hacendado de la Osa, que la compró con una dehesa como bienes nacionales.

Ya que estaba en la ermita y molino de San Pedro, no quise dejar de ver la laguna de este nombre, que forma parte de las muy nombradas de Ruidera, origen del río Guadiana, según la opinión del país, y aun de algunos geógrafos. Desde el molino á que da movimiento un pequeño raudal de agua procedente de otra laguna, entre empinados cerros se forma una cañada ó valle como de medio kilómetro de anchura, que al principio es un prado en donde pastan algunas cabezas de ganado, el que después se convierte en un carrizal alto y espeso que proporciona tejado á las casas del contorno, y á más de un kilómetro del molino empieza la laguna, cuyas aguas, tranquilas y transparentes, tienen poca corriente, pero es potable y abundante en pesca y aves acuáticas. Su forma es irregular, según es la base de los cerros que la limitan, y su dirección de Este á Oeste; su anchura es varia, no pasando de medio kilómetro; su fondo llega en algunos parajes á 50 varas en su mayor profundidad, y su longitud tres kilómetros. Siguen á ésta las lagunas Re-

dondilla, la Lengua ó Luenga, la Salvadora, la de Santo Morullo, la Batana ó Berrucosa, la Colgada, la del Rey, la de Cueva, de la Morenilla y la Cenaguera, y antes de la de San Pedro están la de Ruipérez ó del Consejo y la Tinaja: todas se comunican entre sí, unas visiblemente y otras por filtraciones subterráneas. En tiempo de Carlos III se erigió en las inmediaciones de la laguna del Rey y del pueblo, ó más bien aldea, de Ruidera, una fábrica de pólvora, construyéndose un lindísimo palacio que dirigió el famoso Villanueva, para habitación de los jefes y oficiales de artillería encargados de la fabricación de este destructor producto. La fábrica estaba dotada con todos los edificios y maquinaria indispensable para la elaboración, según los conocimientos de mecánica de aquella época, y movida por un salto de agua de la laguna convenientemente conducido por un canal ó caz de mampostería.

En el día se ha suprimido la elaboración de la pólvora, y todo está abandonado, destruyendo la acción del tiempo no sólo los edificios, sino la magnífica maquinaria y aparatos y el palacio, y dentro de pocos años no será todo ello más que un montón de ruinas, perdiéndose lastimosamente las inmensas cantidades allí gastadas, quedando las infelices familias de la aldea de Ruidera, que antes encontraban su honrada subsistencia en las fábricas de pólvora, en la mayor miseria, víctimas de las fiebres intermitentes que producen las emanaciones de la laguna, no quedándoles más recursos que el escaso producto de algunos pedazos de tierra, no muy buenos, que labran, y el carbón de algunos montes de encina y roble que benefician y llevan á vender á los pueblos cercanos.

Después de esta visita, montamos otra vez en nuestro carro, y con un frío glacial, volvimos á la Osa, en donde no son extraños ejemplares muy semejantes á la pintura que hace Cervantes de Aldonza, Lorenzo y Maritorres. Tampoco son extraños en la Osa el apellido ó mote de Panza, lo mismo que en el Bonillo el de Camacho, cuyas fastuosas y succulentas bodas, según Pellicer, Clemencín y otros comentadores del *Quijote*, tuvieron lugar en Munera; villa casi á igual distancia del Bonillo y Villarrobledo, y á orillas del pequeño río Carcoles, que les presta alguna frondosidad.

MANUEL M. DE REYNOSO.

El *Diccionario Geográfico-estadístico-histórico* de Madoz, artículo RUIDERA, da anteriores noticias en estos términos:

«La aldea de Ruidera, dependiente del Ayuntamiento de Argamasilla de Alba, está á inmediación de la laguna llamada del Rey, una de las que dan origen al Guadiana. Tiene 42 casas, que dependen de la gran fábrica de pólvora allí establecida. Esta fábrica se hallaba desde muy antiguo en la alameda de Cervera, término de Alcázar de San Juan, á la margen del río que se supone ser el primer Guadiana, y á consecuencia de varias contiendas suscitadas con algunos vecinos de Argamasilla de Alba sobre el aprovechamiento de las aguas del citado río, se trasladó al sitio que ocupa, donde había unos molinos harineros propios del gran maestro de Santiago. Para ello hubo un convenio entre la mesa maestral de Infantes y el gran prior de San Juan, por el cual, mediante un canon, pasó á poder del gran prior porción de terrenos de pastos y la propiedad de los citados molinos, á condición de conver-



tirlos en fábrica de pólvora, y quedar el mismo señor con el aprovechamiento absoluto de las aguas que cruzan por el término señorial de Argamasilla y Cervera. Así acordado, el arquitecto D. Juan de Villanueva tuvo encargo de levantar esta fábrica por los años de 1770 al 1780, y lo hizo con una solidez innecesaria y bajo unos planos mezquinos; pronto se conocieron estas faltas, pues desde luego principiaron los incendios de los molinos, con sospechas de que se hacían por los mismos empleados de la Hacienda para ocultar las fraudulentas extracciones. En 1831, teniendo arrendadas estas fábricas los Sres. Cárdenas y Compañía, conocieron lo embarazosa que era la administración, dirigida y siempre dependiente de la de salitres de Alcaraz, y trataron de separarlas; dieron comisión á su administrador y visitador general D. Pedro Trúpita, para que hiciese las obras necesarias, estableciendo almacenes de salitre, azufre y carbón, tahonas y demás oficinas, el pavón ó lustre de la pólvora y el alumbrado de noche en los molinos, para que la trituración de las pastas fuese seguida y sin interrupción. En Agosto de 1838 los carlistas incendiaron los molinos y quedaron destruidos estos edificios totalmente. En 1842 se reedificó la fábrica actual, de orden del Gobierno, por los Sres. Llano y Compañía, que sucedieron á los señores Cárdenas en el arriendo, y que buscaron al mismo Sr. Trúpita, que dirigió las obras, mejorándolo todo en lo posible. Los edificios están cercados por paredes altas de piedra y cal en una extensión de 1.740 pies lineales, que abarcan un terreno desigual de 28.000 varas cuadradas. La fachada principal da frente al camino de herradura que desde Solana conduce á Murcia, y pasa por un puente entre la laguna del Rey y la fábrica. En el piso principal están las habitaciones del administrador, y en el bajo las del contador y mayoral. Pasando por un portal cómodo y elegante, se entra en el gran patio, todo lleno de rosales, frutales y hortalizas, y á la derecha está la cocina y otras habitaciones. Separado de estos edificios, está el taller de carpintería; luego, el almacén del salitre; más adelante, la sala de labores, destinadas á pólvora de minas y pólvora de caza, en las que pueden trabajar cómodamente 20 operarios en cada una; poco después un porche para colocar carros y los tableros de secar la pólvora cuando llueve, cerrando el cuadro al Norte el almacén de madera. Al lado opuesto de la fachada principal, está el almacén de papel; al otro extremo, el de la pólvora, que es el mismo que construyó Villanueva, de piedra sillería y bóveda excelente, y puede contener 10.000 arrobas de pólvora encartuchada; contiguo á éste, el cuarto del empapelo, con todos los enseres de esta labor, y volviendo á la entrada principal, dos almacenes de carbón. Siguiendo más adelante, se encuentra el primer molino, llamado de Santa Bárbara, que tiene dos ruedas hidráulicas: dan movimiento á ocho mazos, cada uno para triturar las pólvoras en otros tantos morteros de piedra. Más bajo, formando escalón, está el segundo molino (San Antón), igual al anterior. Este molino jamás se ha volado, y se tiene mucha devoción al santo abad, patrón de la fábrica. Después, se halla el tercero (San Juan), igual á los anteriores, con la diferencia de tener dos cubas para pavonar la pólvora, y por último, el cuarto molino, igual al primero, y dos tahonas, movidas también por el agua, la una para el salitre y azufre y la otra para el carbón. A corta distancia hay un almacén de azufre; luego un cuarto para hacer las mezclas, y cerca de este sitio, que es el más bajo, está la puerta de los carros que, con varias revueltas, suben á lo más

alto, que es el almacén de la pólvora. En el centro de todos estos edificios, hay otro que contiene cuatro cubas para empavonar pólvora de caza, movidas por una rueda hidráulica que da frente á la entrada principal. A bastante distancia, también en el centro, hay una estufa y hermoso secador para que sirva en los grandes temporales, y, finalmente, un cuarto muy separado que sirve de almacén de instrumentos y efectos de hierro. Las aguas para el movimiento de las ruedas se toman de la laguna del Rey, que tiene una extensión prodigiosa, siempre claras y con un desnivel ó altura de cerca de 70 pies. En Mayo de este año (1847) se han medido estas aguas por el ingeniero D. Carlos María de Castro, y resultó que la fábrica consume 35 pies cúbicos por segundo, y que hay un sobrante de 124 pies, que pasan por el río, formando una muy vistosa cascada de más de 50 pies, que llaman el Hundimiento.»

Hay, además de este establecimiento, una ermita antiquísima (Santa María la Blanca) que sirve de parroquia aneja á la de Argamasilla. Los pueblos más inmediatos, son: al N., esta villa y el Tomelloso; al NE., Villarrobledo; al SE., la Osa de Montiel y Villahermosa; al S., Carrizosa; al O., Solana. Toda la circunferencia son montes muy buenos, si se cuidaran, porque producirían infinidad de encinas y robles; pero por su abandono no pasan de la clase de chaparros ó mata baja. La vega sólo produce carrizo y malezas, en vez de que, si se encauzasen sus aguas, podía hacerse una bonita población, destruir las tercianas que aquejan á los moradores y sacar gran partido de un país totalmente abandonado. Es admirable ver tanta agua perdida en el centro de la mayor sequedad de la Mancha.



Los alcázares musulmanes de Córdoba.

Primer o: MEDINA AZ-ZAHRA.

El año 912 subió al trono de Occidente Abd-er-Rahman III. Contaba veintidós años y era nieto del emir anterior. Á su elevación al trono, halló deshecho el imperio musulmán, y á tal príncipe se debe no sólo su consolidación, sino el grado inmenso de prosperidad y de esplendor á que llegó en su tiempo, y más aún en los de su hijo Alhaquem II, que se dedicó al cultivo de la paz, y en los de Hixem II en que los ejércitos del famoso guerrero invencible (1) Abu-Amir amenazaron de nuevo á Francia y dejaron reducidos los reinos cristianos casi á los mismos peñascos que les sirvieron de nido en los primeros años de la invasión musulmana.

Tan grande fué Abd-er-Rahman III que de él dice Dozy: «lo que excita la admiración y el asombro cuando se estudia este glorioso reinado, no es tanto la obra como el obrero; es el poder de esa inteligencia universal á que nada se escapaba y que se mostraba no menos admirable en los menores detalles que en las más altas concepciones. Este hombre delicado y sagaz que centraliza, que funda la unidad de la nación y la del poder, que con sus alianzas establece una especie de equilibrio político y que, con amplia tolerancia, llama á sus consejos hombres de otra religión, es más bien un rey de los tiempos modernos que un califa de la Edad Media» (2).

Cuando An-Nassir subió al trono, el imperio estaba en completa anarquía, presa de la guerra civil, amenazado por leoneses y castellanos; declarados independientes muchos caudillos poseedores de las principales fortalezas, y casi reducido el poder del sultán á la capital de sus Estados. Con su gran talento político y guerrero, estableció la tranquilidad en el interior haciendo reconocer á todos la autoridad del califa (3), venció la insurrección de los mozárabes y renegados, puso á raya á los soberanos de León y Castilla reduciéndoles á sus antiguos dominios, sojuzgó á Toledo que hacía muchos años vivía constituida en República independiente y conquistó parte de África, extendiendo de este modo su dominio, y teniendo en su poder á Ceuta, llave del Estrecho, por donde podían venir las invasiones berberiscas.

Restablecidos así la paz y el respeto, florecieron rápidamente, en el interior, la agricultura, la industria, las artes y el comercio. Este se hacía con todos los estados musulmanes, y además con los pueblos cristianos de España y Francia, á quienes se enviaba todo lo que menos valía y sobraba en Al-Andaluz, como el azafrán y raíz de jengibre, de que se hacía abundante comercio. Se beneficiaban minas de plata y azogue en gran escala; cuyos pro-

(1) Almanzor quiere decir el invencible.

(2) *Historia de los musulmanes*, traducción española, tomo III, pág. 117.

(3) Sabido es que Abd-er-Rahman fué el primer príncipe español que usó el dictado de Emir al-momenin, príncipe de los creyentes.

ductos se exportaban también (1). En España todos los géneros estaban muy baratos, y la riqueza general era tal, que todos los habitantes de Córdoba andaban á caballo y vestidos con trajes limpios y ricos. Según una relación del director de aduanas citada por Dozy (2), los derechos de importación y exportación eran tan crecidos, que bastaban á cubrir casi todos los gastos del Estado.

Esto hacía que los ingresos se cobraran sin dificultad y que las arcas del Tesoro, que Abd-er-Rahman encontró exhaustas y empeñadas, encerraran, en 951, la enorme suma de veinte millones de monedas de oro (3); bien es verdad que sólo la tercera parte, que se aplicaba á los gastos ordinarios del Estado, ascendía á la suma de seis millones, doscientas cuarenta y cinco mil monedas de oro, equivalentes á cuatrocientos ochenta millones de pesetas del valor actual de nuestra moneda (4), y los otros dos tercios, uno se gastaba en sostener y aumentar la escuadra, y el tercero se guardaba para las necesidades que pudieran ocurrir de guerras ó de obras públicas.

Tal bienestar material se reflejaba principalmente en la capital del imperio. El recinto de ésta, comprendía un circuito de 30.000 codos (5). Sólo el muro que circundaba la ciudad, llamada al-medina, para diferenciarla de los arrabales llamados Axarquía, media catorce millas, según el testimonio de Aben-Bhaxcual. Tenía Córdoba entonces 113.077 casas habitadas por la gente pobre, 60.300 de gente rica allegada á la corte del califa, y 80.455 oficinas y tiendas. La población pasaba de medio millón de habitantes, tantos como hoy Barcelona y más que Madrid. Tenía además 600 baños, y en 3.877 mezquitas se daba culto al Dios del mahometismo. Había en el recinto murado, 13 puertas que comunicaban con los caminos y con los 28 arrabales que rodeaban la ciudad. Estaban éstos circunvalando la parte murada y se encontraban en la margen izquierda del Guadalquivir, los de Xecunda, antigua población romana, y el de la Almunia. En la margen derecha, al Occidente de Córdoba, estaban Rabdh-Hawanit-Arraihan ó de los perfumistas, Rabdh-Raccaquin ó de los esclavos, Rabdh-Mezchid-Alcahf ó de la mezquita de la cueva, el del palacio de Moguitz, Rabd-Mezchid-Axxefa ó de la mezquita de los Remedios, Rabdh-Hamam-Elvira ó el del baño de Elvira, Rabdh-Mezchid-Assorur ó de la mezquita de los misterios ó de los placeres, el de la Raudha ó del vergel, y Rabdh-Segen-Alcadim ó de la cárcel antigua. Á la parte Norte estaban el de Bab-Aychud ó de la puerta de los judíos, el de Omm-Selma y el de Ruzafa, y á la parte de Levante, ó sea en lo que aún se llama la Ajerquía, estaban el de Xablar, el del horno de Barril, el del Borg ó del baluarte, el de la Almunia de Abd-al lah, el de la Almunia de Almoguira y el de Medina Alática, ó sea la ciudad antigua que formaba parte de la Córdoba romana, y que nombraban así para diferenciarla de la Córdoba árabe, á la que llamaban Medina Alchadida, ó sea la nueva.

Completaban la población 4.300 axarafes, ó sean cortijos y haciendas de

(1) *Société asiatique*: Maçoudi.—*Les Prairies d'or*. Texte et traduction, par C. Barbier de Meynard et Pavet de Courteille. Tome premier. Paris, MDCCCLXI, pág. 367. Mazudi escribía en los últimos años de Abd-er-Rahman III, y en él se encuentran muchas curiosidades sobre el florecimiento de este reinado.

(2) *Historia*, tomo III, pág. 114.

(3) Dozy: *Historia*, tomo III, pág. 113.

(4) Simonet: *Leyendas árabes*, pág. 345.

(5) En todos estos pormenores del estado de Córdoba, seguimos al Sr. Simonet, apéndices II, III y IV, á su leyenda *Almanzor*, páginas 191 á 195.

campo, cada una con su mezquita y alfaquí, y además había en ambas orillas del Guadalquivir, una serie de lugares y de caseríos que se extendían hasta Sevilla y que llegaban á 12.000, cuyas ruinas han ido encontrando, á cada paso, los ingenieros encargados del estudio hidrológico de este gran río.

Esta, para aquellos tiempos, inmensa población estaba adornada con muchos alcázares y jardines y con casas de recreo en los arrabales, de las que nos han conservado los historiadores bastantes nombres, y se citan con grandes elogios la Ruzafa, magnífica posesión de recreo en la falda de la sierra, fundada por el primer Omeya, y que conserva sólo el nombre adulterado de la Arrizafa, la Alamería, las almunias de Abdalah, de Almushafia, de Almoguira y de Dar-Annora, en la que se hospedaban los príncipes extranjeros que visitaban al califa. Son celebrados también los alcázares del Bostan ó del fuerte, junto á la puerta de Sevilla, el de Moguitz, el de Anossur ó de los placeres, el de la Raudha, cercado de jardines, el de Damasco, el de Azzaher ó el florido, el de Almaxuc ó del enamorado, el de Attach ó de la corona, y el Albadi ó el prodigioso; todos admirados por los extranjeros que visitaban á Córdoba, cuya grandeza llenó con su fama el mundo, llegando hasta penetrar en los claustros de Alemania, donde la monja Roswitha, autora de poemas y dramas latinos, llama á Córdoba ornamento del mundo.

No es extraño que atraídos por la fama de esta gran ciudad, rival de Bagdá, viniesen á ella peregrinos sin cuento de Oriente y Occidente. La universidad de Córdoba atraía gran número de jóvenes ganosos de saber, que acudían á beber aquí la sabiduría perdida en todas partes, así como los jóvenes españoles, ya aprendido cuanto podían enseñarles sus maestros, emprendían largas peregrinaciones para recoger noticias é historias en las principales ciudades de la Arabia, Siria y Egipto que comunicar luego á los españoles desde las cátedras de las madrisas cordobesas.

Á este estado de florecimiento y cultura y, sobre todo, al esplendor de la capital del imperio, puso Abd-er-Rahman III, la última piedra levantando el edificio magnífico de Medina Az-Zahra, maravilloso ensueño de las mil y una noches, que no otra cosa parece por los relatos que de él nos han dejado los escritores musulmanes. Las ruinas de esta gigantesca construcción se conservan aún y las visitamos no hace muchos meses y son el objeto del presente estudio.

Medina Az-Zahra tiene su leyenda como casi todos los monumentos de los islamitas. Refiere Maccari, fundándose en escritores anteriores y ha sido admitido, como artículo de fe, por cuantos se han ocupado en esto, que una esclava de An-Nassir dejó, á su muerte, una fortuna colosal, que el príncipe mandó emplear en el rescate de cautivos. Numerosos emisarios recorrieron los reinos españoles del Norte sin encontrar ni un solo cautivo musulmán, y regresaron á Córdoba dando noticia al califa de tan fausta nueva. Abd-er-Rahman fué á la gran mezquita á dar gracias á Dios porque de sus súbditos no había cautivos entre los infieles, y de vuelta en su alcázar, la favorita, llamada Az-Zahra, le suplicó que con aquellos tesoros, ya sin aplicación, fundase un alcázar suntuoso, que sirviese á ella de mansión y á sus amores de escondido retiro, y que llevase su nombre. An-Nassir aceptó el pensamiento, lo tomó con grandísimo entusiasmo, y en 936 se abrieron los cimientos de aquella mansión de hadas, sin igual en esplendor ni antes ni después.

Todo esto no es, á nuestro entender, más que pura fábula, aunque los señores Dozy, Madrazo, Gayangos, Simonet y otros escritores españoles y ex-

tranjeros la hayan acogido. Es necesario tener en cuenta de dónde viene la tradición. Se encuentra en la obra de Maccari y en el Bayan Almoghreb. El primero, el jeque Abulabbas Ahmed Almaccari, floreció en el siglo XI de la hégira ó sea en el XVII de Jesucristo. El autor del segundo, Aben-Adhari de Maroc, floreció en el siglo VII de la hégira, XIII de nuestra era, y, por lo tanto, ninguno de los dos es contemporáneo de aquellos sucesos, ni próximo siquiera. Es verdad que se refieren á otros escritores; pero el más antiguo de los que les sirven de fundamento para esta narración, es Sidi Mohieddin-Aben-Alarabi, que es casi contemporáneo de Aben-Adhari, puesto que vivió en la primera mitad del siglo XIII, cuando ya no quedaba casi nada de Medina Az-Zahra, y que para describirla, dice que lo oyó á un jeque de Córdoba, muy anciano, que la había visto. A nuestro juicio, esto es una tradición inventada, probablemente, en Egipto, como otras muchas leyendas de que están plagadas las crónicas musulmanas (1); y sube de punto esta suposición cuando se estudian, como después veremos, las descripciones que se hacen del palacio y se comparan con lo mucho que conocemos hoy de él, resultando que lo han descrito conforme se lo imaginaban, dado el gusto y la manera de edificar, y los materiales empleados en el siglo XIII, pero no como era en realidad.

Cuando se trata de hechos consignados en las crónicas cristianas antiguas y aun en escritores relativamente modernos, como Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales y el mismo Mariana, somos muy escrupulosos en aceptar sus dichos, y un día uno, y mañana otro, hemos ido descartando, poco á poco, todos los milagros y leyendas que contienen, y en cambio, tratándose de historiadores árabes somos muy crédulos y admitimos, como hechos indiscutibles, las narraciones hechas en el siglo XVII por Maccari de lo que ocurrió en España en mitad del X, esto es, siete siglos antes. En nuestro concepto, volvemos á decir, que no creemos en la existencia de la favorita Az-Zahra, cuyo nombre quiere decir la florida, la dotada de brillante hermosura (2), y que en este caso se refiere á la ciudad y no á la princesa. Medina Az-Zahra quiere decir la ciudad florida ó hermosa, como los palacios que anteriormente había en Córdoba, llevaban los nombres de Azzaher el florido, Albahú el precioso, Alcamel el perfecto, y Almonif el eminente (3), y la verdadera causa de la fundación de Abd-er-Rahman, no fué otra que el deseo de que su nombre se perpetuara con una obra digna del esplendor de su trono, como dice él mismo en elegantes versos, en los que no se manifiesta otra intención y no se habla para nada de sus amores. He aquí los versos que, traducidos al alemán por Schak, vertió al castellano D. Juan Valera (4):

El rey que busca la gloria,
monumentos edifica
que hasta después de su muerte
dan de su poder noticia.

Mil y mil reyes pasaron
ignorándose su vida,

y yertas, inquebrantables,
aún las pirámides miras.

Sobre su sólida base
un gran edificio afirma,
que su grande fundador
grandes ideas tenía.

(1) Véase á este propósito los «Estudios sobre la conquista de España por los árabes», capítulo III, en la obra *Investigaciones acerca de la Historia y la literatura de España*, por Dozy. Versión española de D. Antonio Machado, tomo I.

(2) Simonet: Obra citada, pág. 349.

(3) Simonet: Obra citada, pág. 347.

(4) *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia*, tomo III, pág. 47.

Tan lejos estaban los escritores de conocer á Medina Az-Zahra, que difieren en la distancia que la separaba de la capital, y en la manera de su emplazamiento. Maccari dice que, según Aben-Jallican, estaba á cuatro millas y un tercio, y según Sidi Mohieddin á sólo tres millas, siendo la verdadera distancia de cinco millas, que es la que da Edrisi, que la visitó en 1117, y, por lo tanto, es testigo de mayor excepción.

La posición, según los Sres. Madrazo y Simonet, siguiendo á Maccari, era dividida en tres partes; la principal, ó sea el alcázar, apoyada en la misma montaña; la segunda, al mediodía, para las viviendas de servidumbre, eunucos y guardias, y la tercera, más desviada de la montaña, para jardines y huertos, sobre los que se dibujaban los palacios. Edrisi da la forma de la ciudad, extendiéndose en tres gradas, una delante de otra, y todas dibujándose sobre el fondo negro de la montaña, como una hermosa joven en los brazos de un etiope, según la frase de Sidi Mohieddin. He aquí las palabras de Edrisi (1):

«De Córdoba á Az-Zahra se cuentan cinco millas.

»Esta última ciudad subsiste aún con sus murallas y los vestigios de sus palacios, y está habitada por reducido número de individuos y de familias. Era una ciudad considerable construida en escalones, ciudad sobre ciudad, de suerte, que la planta de la ciudad superior estaba paralela á los techos de la de en medio, y la planta de ésta á los techos de la inferior. Todas estaban rodeadas de muros. En la parte superior existían palacios de una belleza tan grande, que es imposible describirlos. En la parte media estaban los jardines y vergeles, y en lo bajo las casas y la gran mezquita. Hoy esta ciudad está en ruinas y á punto de desaparecer.»

Ya lo ves, lector. Ni aun la formación habían llegado á conocer los escritores en quienes nos hemos apoyado hasta hoy para hablar de los portentosos alcázares de An-Nasir.

Veamos ahora lo que esos escritores, de quienes tenemos que valer nos por no haber otros, refieren de la construcción, fantaseando y exagerando también á su antojo aquellos palacios, más soñados que realizados en piedra.

Abd-er-Rahman ordenó á los gobernadores de todas las provincias, y pidió á los reyes de otros Estados amigos ó tributarios, que le enviasen todo lo mejor que pudieran hallar para el nuevo edificio. Los gobernadores cumplieron fielmente las órdenes de su señor, y de Tarragona y Almería vinieron ricos mármoles y pórfidos blancos y de colores; de Málaga, jaspes y mármoles salpicados de blanco y negro. A África fueron á buscar materiales los arquitectos Abdalah-ben-Yunes, Hassan-ben-Mohamed, el cordobés, y Ali-ben-Chafar, el alejandrino, quienes trajeron 1.013 columnas arrancadas de la iglesia cristiana de Sfax y de las ruinas de Cartago, las que pagó el califa, grandes con chicas, á diez dinares (2). Vinieron columnas también de Roma en gran número, y el emperador de Constantinopla, León, padre de Constantino Porfirogénito, envió, por conducto del Obispo de Elvira, Rabí, que había ido de embajador, y de Ahmed, el griego, una perla de inestimable valor y una fuente de pórfido, de una labor admirable, 140 columnas de todos tamaños y una gran cantidad de foseifesa, ó sea el mosaico especial, que se admira aún en la fachada y cúpula del mihrab de la mezquita de Córdoba. Excu-

(1) *Descripcion de l'Afrique et de l'Espagne.*

(2) Simonet: *Obra citada*, pág. 351 y notas.

sado es decir que entre los escombros de Az-Zahra no ha salido hasta ahora, ni creemos que salga nunca, ni una tesela de aquel mosaico admirable.

La obra se empezó el primer día de la luna de Moharran del año 325, ó sea el 18 de Noviembre de 936 de nuestra era, y se concluyó en tiempos de Alhaquem II, por más que Abd-er-Rahman viviera en el palacio algunos años.

Cuentan que se gastaron en la edificación 6.000 sillares de todos tamaños y formas, labrados y sin labrar, sin contar la piedra tosca y los ladrillos. Cada tres días se gastaban 10.000 cargas de cal y yeso. Se emplearon en la construcción 4.300 columnas. Se ocupaban en la obra, diariamente, 10.000 obreros, á los que se les pagaba á dirhem y medio á unos, á dos y medio á otros y á algunos á tres dirhemes, y se empleaban también para el arrastre de materiales 1.400 acémilas y 400 camellos de las caballerizas del califa.

En todo el edificio había, según Aben-Jallican, citado por Maccari, 15.000 puertas, y según Aben-Meruan Ibu-Hayyan, estas 15.000 puertas eran hojas de puertas de todos tamaños, lo cual reduce á la mitad el número dado por el otro escritor. El gasto anual de la obra era de 300.000 dinares, que, sumados durante los veinticinco años que vivió An-Nassir, dan un total de 7.500.000 dinares ó pesantes de oro.

Con tales datos, cualquiera puede apreciar la falsedad de los mismos. En una época en que los muros no se construían más que de cantería labrada, sólo se emplean 6.000 sillares, mientras que se utilizan 4.300 columnas; desde luego se ve que los autores del siglo XIII supusieron contruidos los muros con mortero, como se labraba en su tiempo y refiere Aben-Jaldun. En cuanto á las puertas, según un escritor, son 7.500, y según otro, el doble; datos, lo mismo el uno que el otro, hijos de la fantasía del escritor. Sólo los sillares, que aún quedan colocados en su sitio y presentes á la vista, pasan de los 6.000 de Maccari.

Vistas las fantasías de la construcción, veamos ahora cómo describen las principales partes del edificio. Empecemos por la mezquita, y limitémonos á copiar la descripción hecha por Maccari, traducida por el Sr. Simonet. Dice así (1):

«Cuentan Ebn-Alfaradh y otros, que cuando se empezó á edificar su aljama (la de Az-Zahra), se empleaban cada día en esta obra mil artifices, de ellos trescientos albañiles, cien carpinteros y quinientos entre peones y demás jornaleros. Así su construcción se llevó á cabo en cuarenta y ocho días, y vino á ser de las fábricas mas extremadas (en belleza). Componiase de cinco naves de maravillosa arquitectura: la de en medio contaba quince codos de longitud desde la quibla hasta el norte, sin incluir la macsura, y trece de anchura de oriente á occidente: de las cuatro naves laterales cada una media doce codos de anchura. La longitud de su patio descubierto desde mediodía á norte era de cuarenta y tres codos y su anchura de oriente á occidente de cuarenta y uno: todo él estaba pavimentado de mármol rojo, y en su centro habia una fuente que manaba agua. La longitud de toda la mezquita de mediodía á norte, sin contar el mihrab, era de noventa y siete codos, y su anchura de oriente á occidente, de cincuenta y nueve. Su assoma se levantaba en el aire cuarenta codos, y su anchura era de diez. Mandó Annasser Ledin-

(1) Obra citada. Apéndice II á la leyenda «Medina Az-Zahara», pág. 413 y siguiente.

Allah que se hiciese un precioso mimbar para esta mezquita, y así se ejecutó de extremada hermosura. En derredor de él se hizo una macsura de obra admirable; y este mimbar se colocó en su sitio en esta mezquita cuando se concluyó: que fué jueves, á 22 de la luna de Xaban del año 329.» (21 de Mayo de 941.)

De las puertas se mencionan dos: una la de Alacabba ó de las bóvedas, que estaba en el primer recinto, y sobre ella, esculpida, la imagen de la favorita Az-Zahra, y la otra, la llamada Bab Assudda, que daba ingreso al alcázar, propiamente dicho. En éste son celebrados varios aposentos. El llamado *Beitalmenan*, ó sea cuarto del sueño, tenía en sus extremos dos pabellones, sostenidos por delgadas y esbeltas columnas, y en ellos dos alcobas con ricos lechos para el sultán y la favorita. El techo era una cúpula, y en medio de la sala había una fuente, en forma de concha, para las abluciones de Az-Zahra. Los muros de la estancia estaban cubiertos con relieves y mosaicos primorosamente dibujados sobre fondos de azul y oro, y decorados con inscripciones cúficas.

La maravilla de Az-Zahra estaba en el salón llamado del califado, *kasru-l-kholafa*, porque en él se celebraban los juramentos de los califas. También se llamaba *cobba Aljassussia*, ó sea pabellón del califa, y Albahú, el precioso, el cual se alzaba sobre una elegante galería de columnas en medio de una extensa azotea que cubría todo el alcázar y estaba embaldosada con grandes losas de mármol, desde la cual se divisaban todos los jardines que rodeaban el palacio. Los muros de este salón estaban cubiertos de mármoles de diversos colores, y los techos y capiteles dorados. En medio había una fuente de jaspe con un cisne de oro que arrojaba el agua por el pico abierto. Allí estaba el trono real, llamado *serir-almalic*, que era de sin igual riqueza y hermosura. Sobre este pabellón se alzaba otro, según parece, á manera de cúpula, con los muros cubiertos de jaspe y pórfido con labores de oro. El techo, en forma abovedada, era también de mármol pintado con un barniz entre dorado y blanco. Todas estas cúpulas estaban cubiertas de tejas de plata y oro. En cada costado de este aposento se abrían ocho puertas con arcos de marfil y ébano apoyados en columnillas aéreas y ligeras de jaspe de colores y cristal de roca, y todo taraceado de rubies y de perlas. De la bóveda pendía la perla que regaló á An-Nassir el emperador de Constantinopla (1). La fuente que ocupaba el centro estaba llena de azogue, que se movía por medio de una máquina ó aparato secreto, produciendo vértigos á los espectadores. Aben-Hayyan, citado por Almacari, dice que todo el pabellón daba vueltas por artificios admirables, siguiendo la dirección del Sol.

Entre las fuentes, que constituían uno de los principales ornamentos del palacio, eran más celebradas las dos que trajeron de Siria, según unos, y de Constantinopla, según otros, el obispo Rabi y Ahmed el griego. Una era de bronce dorado, con relieves de figuras humanas, y la otra de mármol verde, viéndose en sus bordes doce figuras de oro, labradas por orden del califa, en la dársena de Córdoba, y que representaban un león, un antílope, un cocodrilo, un águila, un dragón, una paloma, un haleón, un pavo real, una galli-

(1) El Sr. Madrazo dice que fué Constantino Porfirogénito, hijo de León, y en nuestros «Estudios sobre la historia de la platería en Córdoba» seguimos su opinión. Ahora creemos que fué León quien la envió y Constantino quien envió á Alhaquem II, el foseifesa de la mezquita.

na, un gallo, un buitre y un milano. Estos animales eran otros tantos caños que vertían agua cristalina en la reluciente taza.

A poco que se estudien estas descripciones, se ve que son hijas de la fantasía de los escritores, y que los modelos que les sirvieron para ellas no estaban en Medina Az-Zahra, ni en Córdoba siquiera. Afortunadamente quedan muchos restos de aquel palacio, bien que rotos y aislados, pero suficientes para juzgar de su esplendor, y si faltaran, ahí está la obra de Alhaquem II en la mezquita de Córdoba, que da perfecta idea de lo que era el arte que dió vida á aquellas sorprendentes mansiones.

En la descripción del *Beitalmenan* se ve reproducida la cámara del reposo en los baños de la Alhambra. Los dos aljamies sostenidos por esbeltas columnas, la bóveda altísima que cubría la estancia, la fuente en medio, los muros cubiertos de labores de relieve y de mosaico, todo como aquel elegante pabellón del alcázar granadino.

Las fuentes decoradas con animales recuerdan también la de los leones del patio principal del alcázar de los Alhamares. Las tejas de oro y plata no son otra cosa que tejas vidriadas, y el esmalte no se conoció en España hasta la venida de los almohades, por más que en Oriente el vidriado fuese antiquísimo. Todo refleja que en estas descripciones se tomó por modelo el palacio granadino: no hay cosa que corresponda al arte cordobés del siglo décimo.

En esta época los muros se construían siempre de piedra labrada, y, sin embargo, en ellos no se emplean más que 6.000 sillares, cuando la ciudad tenía tres recintos amurallados, ó, lo que es lo mismo, que los escritores han supuesto hechos los muros de tapia, y sólo acumularon piedra para el revestimiento de las esquinas. Además, dicen que se emplearon ladrillos, y el ladrillo, en esta época, era un elemento decorativo con que se hacían dovelas, pero no se empleaba en la construcción, como se hizo en el período almohade ó sevillano.

Las columnas aparecen aéreas y esbeltas, y la columna en todo este período sólo tiene ocho veces la altura del capitel: además de que las empleadas por D. Pedro I de Castilla en el alcázar sevillano, extraídas de allí, todas, sin excepción, tienen las dimensiones marcadas. La columna sólo aumenta de altura, y se adelgaza después de la muerte del califado.

Hemos dicho que los esmaltes no existían en España aún, y en aquellas ruinas no se ha encontrado nada que denote su presencia, aunque el terreno está sembrado de pedazos de tejas de barro ordinario y no de plata ú oro, ó cosa que los imite.

No es de Az-Zahra el precioso brocal de pozo de barro esmaltado en verde que se conserva en el Museo provincial de Córdoba, y que el Sr. Madrazo publicó como procedente de allí. Tampoco se han encontrado mosaicos, no ya de azulejo, pero ni de foseifesa, ni aun de ladrillo y piedra, como los hay en la mezquita en los tímpanos y arrabás de las portadas y ventanas, aunque el Sr. Madrazo, que hace años visitó aquel sitio é hizo excavaciones por cuenta de la Academia de la Historia, diga que él mismo los recogió. Hemos inspeccionado todos los trozos extraídos de allí, y los que el notable arqueólogo creyó mosaicos, son relieves en piedra, y los fondos, en donde supuso que se alojaban las piezas de ladrillo rojo, estaban pintados y están aún, unas veces de rojo, y de azul otras. Son los mismos elementos que constituyen

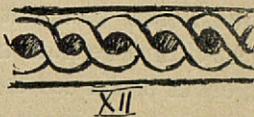
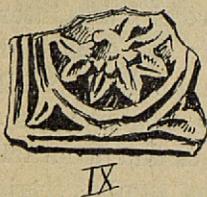
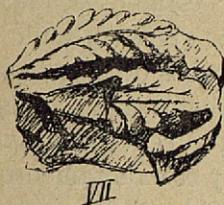
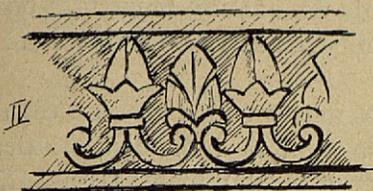
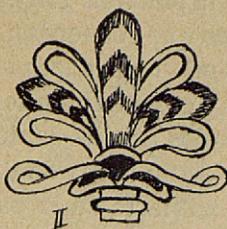
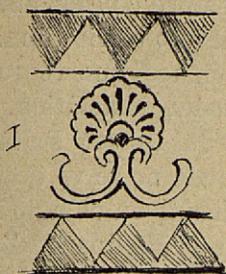
los mosaicos de la mezquita, pero hasta Alhaquem II no se rellenaron los espacios rehundidos. En Medina Az-Zahra esos espacios estaban pintados.

Finalmente, en cuanto á la representación de figuras de seres animados, tampoco estamos dispuestos á creerlas. Desde luego no creemos la existencia de la estatua de Az-Zahra, como no creemos que existiera la representada, y en cuanto á las figuras de animales de las fuentes, puede ser que viniera alguna de Constantinopla, pero desde luego nos parece inadmisibile que se hicieran otras en España. Examinando el ciervo de bronce que hay en el Museo provincial de Córdoba, se ve á simple vista su forma y labor bizantina; y este ciervo, con haber estado en el monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, no está probado que se encontrara en las ruinas de Medina Az-Zahra. La escultura árabe no se desarrolló en España hasta los tiempos de Almanzor, y no insistimos en este punto, porque otro día publicaremos un estudio dedicado exclusivamente á tan interesante cuestión.

Creemos suficientemente probado que los palacios de Medina Az-Zahra no tenían el carácter ligero y esbelto que le han querido dar los escritores árabes, influidos por el arte español del siglo XIII, sin que por eso dejaran de ser maravillosos y de extremada belleza. Aquellos alcázares eran, como la mezquita de Córdoba, de un arte más bravío, más varonil y más hermoso que el arte afeminado granadino, pero más bajo de techos, más ancho, ó mejor dicho, más robusto, más humano.

Los escritores que se han ocupado en ella, gastan muchas páginas describiendo fiestas que se celebraban en aquellos salones, proclamaciones de califas, recibimiento de embajadas, sumisiones y humillaciones de príncipes cristianos, algunas escritas por testigos presenciales; nada de esto es objeto de nuestro estudio y nos abstenemos de relatarlo. En cambio, vamos á examinar los restos que quedan de aquellos palacios, diseminados en el Museo y entre particulares de Córdoba, en el alcázar de Sevilla, en el Museo Arqueológico Nacional, en el gabinete de antigüedades de la Academia de la Historia y en el Museo de los Padres del Corazón de María en su Colegio de Cervera. Del examen de ellos sacaremos las consecuencias de lo que era aquel arte y del desarrollo que tenía; pero seguiremos ignorando las formas generales y la planta de aquellos edificios, que sólo se sabrán cuando se remuevan los terrenos que forman las dehesas de Aguilarejo ó Moroquil y de Córdoba la vieja, donde, como veremos más adelante, mucho hay aún que desenterrar.

Quedan de Medina Az-Zahra columnas, capiteles y bazas, trozos de cenefas, cornisas, impostas y demás partes de la decoración, dovelas de arcos y, sobre todo, lo que más abunda y es más interesante para el estudio del arte árabe, son trozos de las planchas de piedra caliza del país la mayor parte y de mármol algunas, de que revestían los muros. De las diversas partes de la columna no hablaremos ahora, porque á su generación y desarrollo en los siete siglos de la dominación musulmana tenemos hecho un estudio especial. Los trozos decorativos presentan la misma ornamentación de tallos, hojas y plumas que luego se advierte en la mezquita en los tiempos de Alhaquem II. Nervios que se entrelazan, formando combinaciones siempre curvas, en cuyos centros se dibujan campánulas, ramos de hojas, flores de variado número de pétalos y palmetas. Las palmetas, más que procedentes del griego, parecen ser de origen asiático. La forma en que los árabes las cortan y pican

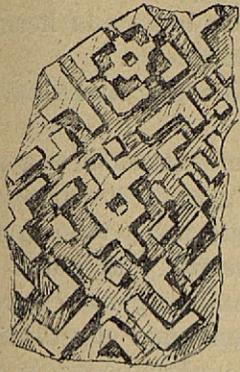


recuerdan las que adornan el friso de los arqueros de Susa (lám. I), las de los restos de cerámica asiria que guarda el Museo Británico (lám. II); las de la tablilla de marfil, también asiria, que se conserva en el mismo Museo (lámina III), y las que decoran las tumbas frigias (lám. IV). En tiempos de Alhaquem II se aproximan más á la palmeta griega, pero siempre conservando el carácter asiático. Campánulas que recuerdan la flor del loto asirio (lám. V). Hojas que se replegan, formando caprichosas combinaciones, que representamos en los dibujos VI á XI, y que también son de procedencia asiática. Cordones que se entrelazan como los asirios de los barrotes del Museo Británico (lám. XII) y mil otras graciosas maneras de dibujos, donde no se ve imperar la influencia griega, como se advierte en la parte construída en el siglo X en la mezquita aljama. No existe aún en la ornamentación de Medina Az-Zahra la hoja de acanto, que con tanto primor interpretó después el arte árabe, y que, indudablemente, tomó del arte antiguo griego y acaso del romano de la península, pero no del arte bizantino. La hoja de acanto, hasta esta época, sólo aparece en la ornamentación del capitel, y así se ve en muchos del palacio de Abd-er-Rahman III.

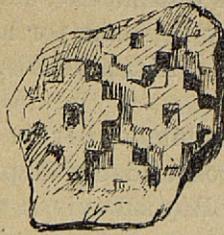
Lo más interesante es la decoración de los muros en los grandes espacios en que no se abren ni puertas ni ventanas. Aquí la influencia asiática se acentúa de una manera notabilísima. Véanse en las láminas XIII á XIX los restos de la decoración de los muros. Todos ellos son labores geométricas de alto relieve sobre un plano liso. No tienen pormenor alguno en su faz anterior, ni huellas de pintura; pero el plano interior, ó sea el fondo, en ningún resto de éstos deja de conservar las señales de haber estado pintado; unas veces el fondo es rojo, de carmín ó de bermellón; otras veces es azul. Indudablemente, tal decoración dió origen á los almocárabes de la Alhambra; pero en Az-Zahra es otra cosa: es una decoración puramente asiática, igual á la que cubría las fachadas de las tumbas frigias. La que representa la lámina XIV está copiada de los restos de Medina Az-Zahra y es exactamente igual á la que rodea toda la puerta simulada de la tumba de Midas. Las otras, representadas en las láminas XIII y XV, son distintas, pero todas tienen analogías que revelan su origen, comparándolas con la del sepulcro de Midas y con las que van dibujadas en las láminas XXI, XXII y XXIII, que pertenecen á la necrópolis de Ayazinn. Es evidente que el arte árabe español trae su origen de Persia, y que al llegar á su mayor apogeo, lejos de perder las influencias asiáticas, éstas se acentúan cada vez más. En los restos procedentes de Medina Az-Zahra se nota una manera de tallar la piedra, franca y desembarazada; están dados los cortes con tal firmeza, que parece como si se hubieran hecho en barro y luego se hubiera endurecido. Los nervios aparecen rehundidos, como ocurre después en los tiempos de Alhaquem II.

Nada más podemos decir por ahora de Medina Az-Zahra y del arte que allí se desarrolló. Su vida fué efímera. El 24 de Febrero de 1009, Mohamed, apellidado Al-Mahdi, tomó á Córdoba, y sus soldados, negros y berberiscos, entraron á saco en Medina Az-Zahra y la asolaron y destruyeron, robando además todas sus riquezas. Un año después el pueblo de Córdoba atacó de nuevo la ciudad, en donde se había refugiado Suleiman después de la batalla de Acaba Albarca, y no encontrándole allí, se entregó á la destrucción de cuanto quedada en aquellos maravillosos palacios.

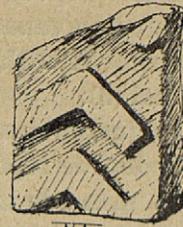
En 417 el califa Mohamed III estableció en ella su corte, y, en el corto



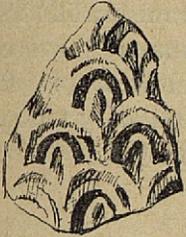
XIII



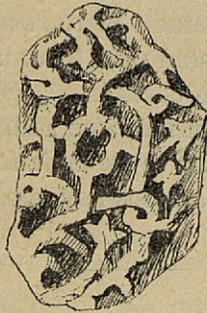
XIV



XV



XVI



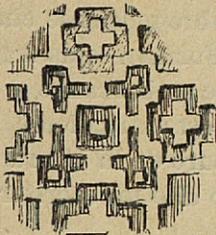
XVII



XVIII



XIX



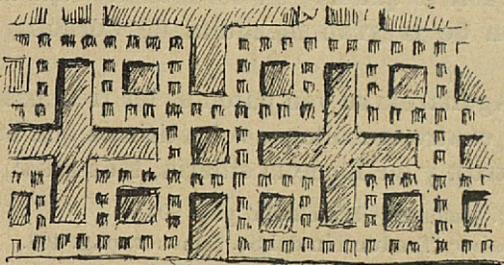
XX



XXI



XXII



XXIII

tiempo de su reinado, se dedicó á restaurar los destruidos salones de aquella mansión; pero destronado por los cordobeses, tuvo que abandonarla, y nuevamente la ciudad sufrió la devastación y el saqueo. Poco tiempo después sólo quedaban imponentes ruinas, en las que, según un poeta anónimo (1), «las aves vuelan en derredor gimiendo por su infortunio y ora enmudecen, ora vuelven á repetir sus voces lastimeras», donde (2) «de la pasada hermosura sólo restan vanas huellas y lágrimas por los que murieron».

El escritor Abu-Nassr-Alfah, visitando las ruinas de Medina Az-Zahra se expresa así (3):

«Tales fueron los lugares habitados por los Benu-Umeyas; en ellos gozaron del poder, de reposo, de prosperidad y de placeres; mas ya los arrebató de allí la mano de la muerte. Hoy sólo viven en las historias; y todo su alimento se reduce á los aromas que se queman por los muertos y al polvo de los sepulcros. Los azares y alteraciones de la fortuna han desfigurado su rostro. Ya en sus desiertos alcázares no se escucha otro acento que el graznido de siniestras aves y el lúgubre silbido de los genios; y ya, despojados de sus brillantes adornos, sólo el buho viene á visitarlos cuando anochece. Allí donde reinaron en otro tiempo la majestad y la fortuna, hoy se miran igualmente confundidos el héroe y el flaco de corazón, el poderoso y el miserable. Tal es el mundo; sus obras de hoy no son más que ruinas para mañana, y sus esperanzas, en lo fugaces y engañosas, se asemejan al vapor del *sarab* (4). Perecieron las mujeres dotadas de graciosos hoyuelos en sus mejillas, y todo pasó para nunca volver.»

Las ruinas de Medina Az-Zahra ocupan gran parte de las dehesas de Córdoba la vieja y de Aguilarejo, por otro nombre Moroquil. Aguilarejo aparece en los inventarios antiguos del Ayuntamiento de Córdoba como villa despoblada. Están á cinco millas de Córdoba, sobre todo si se cuenta á la ruina de Moroquil á donde hay nueve kilómetros. Forman estas dehesas una montaña que se eleva frente á Córdoba. Detrás corre un barranco y al Sur un torrente, de modo que los palacios asentados sobre esta larga loma, desde Córdoba aparecerían dibujándose sobre el fondo obscuro de la sierra que se levanta detrás á grandísima altura. Aparecería, como dijo un escritor, como blanca joven recostada en el seno de un etíope.

Ocupan las ruinas, calculando á ojo, una extensión de más de cien mil metros cuadrados, pues sólo lo que hay en Córdoba la vieja ocupa más de cuatro veces la extensión de la gran mezquita de Córdoba, y ésta mide más de 23.000 metros.

En la dehesa de Aguilarejo se ven patentes las tres mesetas de que habla Edrisí, limitadas por cuatro murallones robustísimos que aún se elevan sobre el suelo unos dos metros, y en donde la sillería, toda igual, en piezas de más

(1) Traducción del Sr. Simonet: Obra citada, pág. 405.

(2) *Abulcasim Assomaisir*. Traducción del Sr. Simonet, pág. 406.

(3) Simonet: Obra citada, pág. 407.

(4) «El *sarab*, es una especie de niebla ó vapor que suele aparecer en los desiertos á la hora del mediodía, semejando á larga distancia un estanque ó arroyo de agua. El caminante sediento, engañado por la apariencia de lo que más anhela, suele apresurar su marcha hacia aquella parte; pero después que la fatiga aumenta su ardor y sed, es más triste el desengaño que sufre al reconocer su error».—(Nota del Sr. Simonet.)

de un metro, esta colocada de haz y de tizón, como los muros de la mezquita y como ya había reconocido Díaz de Rivas se labraba en aquel tiempo. Delante de la meseta más baja, hay una gran explanada artificial, sin duda la plaza de Armas, limitada de un lado por un arroyo que tiene un gran malecón á todo lo largo del cauce, y del otro de una muralla saliente en cuyo extremo había una torre.

En la meseta más alta, dentro de la casa moderna, hay unas bóvedas con ventiladores, revelando la presencia de unos baños. Hay infinidad de muros que se cruzan (todos con el mismo despiece), que permiten levantar, con pocas excavaciones, el plano de esta parte del palacio. En un extremo queda la gran ruina de un alcázar tal vez, de algo que no es fácil determinar lo que fuese, sin hacer calicatas, y que pregona la fortaleza y la grandeza del imperio árabe. Este trozo de edificación forma un rectángulo de muros robustísimos que tendrá una extensión, por su parte más larga, de cerca de 70 metros, y por la más estrecha de 50. Los restos de muros tienen por algunos sitios una altura de más de tres metros.

En medio de este rectángulo se abre otro que resulta hoy más bajo que el piso actual 4,20 metros, de los que 1,50 son relleno de tierra de arrastre. Mide este cuadro interior 49,50 por 35,97, sin que presente señal de puerta, y está rodeado todo de arcos escarzanos robustísimos, cuyas dovelas miden 0,33 de espesor. La altura total la sabemos porque hemos hecho dos calas, encontrando en ambas el pavimento á 1,50 de profundidad, formado de losas de piedra franca igual á la cantería de los muros.

La altura se descompone así: Desde el piso al arranque de los arcos, 3,26. Desde la cuerda á la clave del arco, 0,42; espesor de la dovela, 0,33, y desde allí á la rasante del muro, 0,19. Total: 4,20. Los arcos son 48, 15 en cada lado mayor y nueve en cada menor. Todo presenta, de trecho en trecho, restos de estuco rojo carminoso, de tono muy brillante, de que ya hablaba Díaz de Rivas en sus *Antigüedades*, refiriéndose, sin duda, á este lugar. Cada dos arcos se apoyan en una zapata en forma de escalera invertida, esto es, con los salientes mayores, según son más altos, y forman tres y cuatro gradas, cada una de sillares colocados de punta, con una robustez y una fuerza increíble. Algunas están deterioradas, pero la mayor parte se conservan intactas.

Se supone por algunos, que esto es una alberca; otros creen que es un patio. Los que sostienen la primera opinión, se apoyan en que no hay huellas de puertas, y los que la contraria, dicen que las tendría más bajas ó que se bajaría por una escalera artísticamente colocada al aire, y que ya no existe. A nosotros nos parece un aljibe. Unas pequeñas excavaciones pondrían tal vez en claro este asunto, que en verdad es harto obscuro. Lo que sí puede asegurarse es que patio, ó alberca, ó aljibe es el centro de una edificación fortísima, y que aquellas ménsulas no son elementos decorativos, sino soportes de un peso inmenso, de arquerías ó muros ó cosa así, que se elevaba sobre aquellos arcos, paralelamente á los muros exteriores, para sostener los diferentes pisos del edificio.

También puede asegurarse, que aun de reconocida labor árabe, esta ornamentación no se asemejó á nada conocido hasta hoy, y como del siglo X no queda más que la mezquita cordobesa, y ésta es un edificio religioso, no es posible hacer conjetura alguna de cómo fuese este otro edificio, militar ó civil, porque no hay elementos de comparación.

Esta inmensa y magnífica ruina no es nada en comparación de lo que queda en Córdoba la vieja, si bien aquí no hay sala, patio ni muro que pueda inspeccionarse, porque todo está cubierto de maleza y por tierras y cascotes del hundimiento. En Aguilarejo se ve que la destrucción fué por mano de albañiles para aprovechar los materiales en otra parte, probablemente en el monasterio de San Jerónimo de Valparaíso; en Córdoba la vieja la destrucción fué por la guerra y el incendio al principio, y continuada por la acción del tiempo, que un día derrumbó un techo y mañana otro, ahora una pared y después un cuerpo de edificación. Allí todo está bajo tierra, pero se ven los espacios rectangulares por dentro y fuera, formando taludes los escombros sobre el muro aún en pie. Cada rectángulo tiene en el centro una hondonada y cuatro planos inclinados sobre las cuatro paredes. Sobre este suelo se ven millones de tejas rotas; cavando se encuentran maderas calcinadas y restos ornamentales de todas clases. Estos albercones están unos junto á otros en todo lo alto de la loma, y hay uno y otro al lado, y otro más, y así aglomerados en una inmensa extensión. Puede calcularse que está esto en pie todavía, hasta primeras maderas, y si se hicieran excavaciones bien dirigidas, sería muy fácil descubrir una gran riqueza para el arte árabe y su historia. Bastaría vaciar una sala, y como en ellas habrá puertas, estas irían indicando al descubridor el camino, y poco á poco se llegaría á ver un palacio tan magnífico, que atraería los visitantes de todo el mundo. Desgraciadamente, esta obra sólo podría emprenderla el Estado, y éste no está en disposición de gastar el dinero en descubrimientos artísticos.

RAFAEL RAMÍREZ DE ARELLANO.



La Sociedad de Excursiones en acción.

Desde la celebración del aniversario de la Sociedad, el 26 de Marzo próximo pasado, se han realizado cuatro excursiones: á El Pardo, á Aranjuez, á Cuenca, y á Segovia y La Granja.

Ha dado excepcional encanto á estos viajes la asistencia de las señoras, que se van interesando cada vez más en los estudios de nuestra corporación.

Publicaremos las reseñas de las cuatro tan luego como nos las envíen los que quedaron encargados de redactarlas.



Sección Oficial.

EXCURSIÓN Á SEGOVIA Y LA GRANJA

En el presente mes realizará la Sociedad Española de Excursiones una á Segovia y La Granja.

Salida de Madrid: el 14, á las 9,15 de la mañana (estación del Norte).

Regreso á Madrid: el 15, á las 9,23 de la noche.

ITINERARIO

Al llegar á Segovia se comerá en la fonda de la estación, á las dos de la tarde, por lo cual se encarga á los señores excursionistas se desayunen para esperar esa hora.

Se verá seguidamente, á pie, San Millán, y en coche, las ruinas del Parral y Fuencisla, regresando á la fonda, donde se cenará y pernoctará.

El 15, por la mañana temprano, se visitará lo que se pueda de Segovia, saliendo para La Granja.

Se almorzará en este Real Sitio, que se visitará en todo el día, regresando á la estación de Segovia para tomar el rápido, comiendo en el tren.

Cuota: Sesenta pesetas, todo comprendido.

Es absolutamente necesaria la previa adhesión á D. Joaquín de Ciria, plaza del Cordón, 2, segundo izquierda, hasta el sábado 13, á las doce del día.

EXCURSIÓN Á CUENCA Y UCLÉS

La Sociedad Española de Excursiones efectuará una á Cuenca y Uclés, en el presente mes de Mayo, con arreglo al siguiente programa:

Día 13.—Salida de Madrid, á las 5,30 de la tarde (estación del Mediodía).

Llegada á Cuenca, á las 12,20 de la noche.

Día 14.—Estancia en Cuenca.

Día 15.—Salida de Cuenca, á las 2 de la tarde.

Llegada á Paredes, á las 4,23 de la tarde.

Llegada á Uclés, á las 6,30 de la tarde (próximamente).

Día 16.—Estancia en Uclés: Excursión á las ruinas de Segóbriga.

Día 17.—Salida de Uclés, á las 2 de la madrugada ó á las 2 de la tarde, á voluntad de los señores excursionistas.

Salida de Tarancón, á las 4,10 de la mañana ó 4,55 de la tarde.

Llegada á Madrid, 9,25 de la mañana ó 9,45 de la noche.

Se visitarán: En Cuenca la Catedral y su tesoro; las *hoces*. En Uclés la casa-convento maestral de Santiago y las ruinas romanas y visigodas de Segóbriga.

Cuota, comprendiendo el viaje de ida y vuelta en el tren, en segunda clase: cena el día 13 en Aranjuez, estancias en Cuenca y Uclés, coche de Paredes á Uclés y de ésta á Tarancón, desayuno ó cena en Aranjuez el día 17, propinas, etc., etc., 65 pesetas.

Las adhesiones deben dirigirse á D. Vicente Lampérez, Marqués del Duero, 8, tercero izquierda, *hasta el día 10 inclusive*.

Nota.— Los anuncios de estas dos excursiones fueron comunicados ya en hoja aparte á todos los señores consocios, y los dos viajes se han realizado en el momento de entrar en prensa este pliego.

EXCURSIÓN Á EL ESCORIAL

DOMINGO 28 DE MAYO

Salida de Madrid, 9 mañana.—Llegada á El Escorial, 10,23.

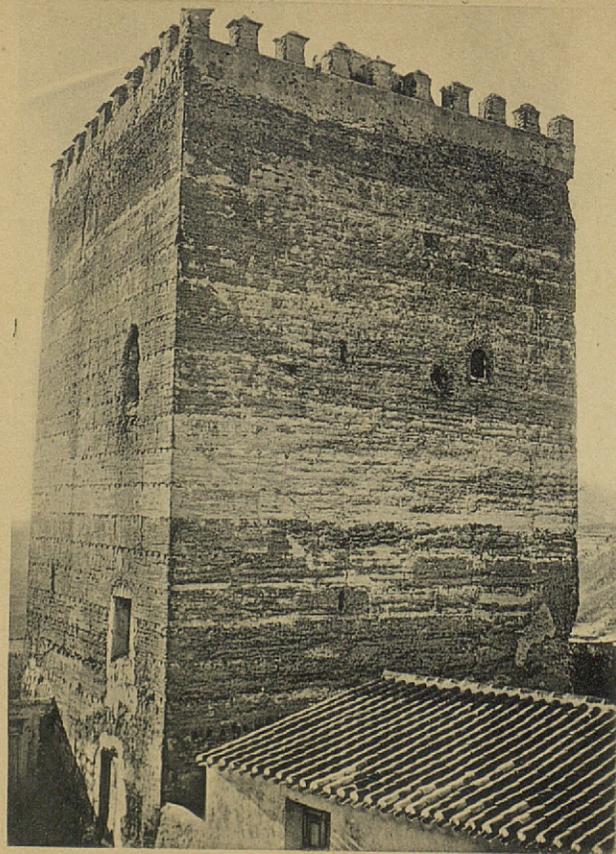
Salida de El Escorial, 6,4 tarde.—Llegada á Madrid, 7,52.

Se visitarán: El templo con sacristía y coro, claustro bajo, iglesia antigua, museo de las salas capitulares, palacio, casita de abajo, etc., etc.

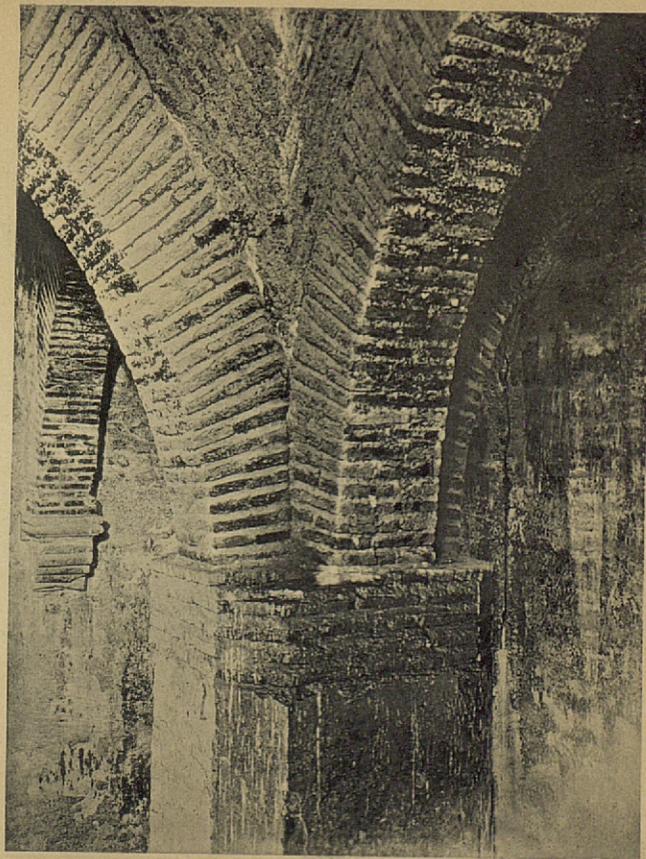
Cuota: Diez y siete pesetas con billete de ida y vuelta en segunda, coche de la estación al pueblo, almuerzo, café, gratificaciones y gastos diversos.

Las adhesiones á D. Joaquín de Ciria, plaza del Cordon, 2, segundo izquierda, hasta el día 27 al mediodía.





Fotografías de J. Espin



Fotografía de Hauser de Menet.—Madrid

CASTILLO DE ALEDO